



Viernes, 25 de mayo-90

Coca: el blanqueo

José Agustín Goytisolo



Bogotá

El juego de manos, el cambio que la política del presidente Bush, como ángel de la guarda, propone al pueblo de Norteamérica y a la opinión de los ciudadanos de los países del viejo continente, de sustituir el peligro del fantasma comunista, que ya no es tal peligro, por el peligro del monstruo de la droga, se ha infiltrado con éxito en casi todos los medios de información del mundo occidental.

No se gobierna bien sin enemigos exteriores y, si no existen, se inventan. Después de la segunda guerra mundial, y para que no se moviera el gallinero norteamericano, se sumó el miedo al fantasma comunista: aún había enemigos exteriores, además de los derrotados en la contienda bélica, Hitler, Mussolini y Tojo. No importaba que fuesen grandes, como la URSS, o pequeño, como Vietnam, Santo Domingo o la isla de Granada. En el grande no se metieron, por suerte para toda la humanidad, pues hubiera sido el holocausto, pero en los enemigos pequeños, en los pequeños países, sí que se metieron, por desgracia para estas naciones. Total, mucha gente, en Estados Unidos, no sabe la diferencia de tamaño que hay entre Granada y el Estado de Kansas. Todo cuele.

AL cambio se han prestado muchas oligarquías, en Estados Unidos, en Suramérica y en Europa, y también se han prestado muchos Gobiernos. El colombiano, por razones más que obvias. El sistema financiero de este país, como el de muchos otros, y el de España no es una excepción, se engrasa con el blanqueo del dinero de la droga, aunque no sea en grandes proporciones, pues toca repartir un equivalente que se estima en algo más de cincuenta billones de pesetas anuales entre muchos blanqueadores. Esa cifra, para no perdernos, rebasa de largo el pre-

supuesto anual de un país como Italia. El secreto bancario sobre las cuentas y entidades sospechosas que realizan esa labor de tintorería, secreto que muchos países, con Estados Unidos a la cabeza, no están dispuestos a levantar, crea la sospecha de que no se desea investigar y mucho menos perseguir la inmensa cantidad de beneficios que produce, sobre todo, la comercialización y distribución de la droga, lo cual es una garantía para que muchas oligarquías nacionales e internacionales puedan continuar con el negocio y con el cuento de no saber o no querer saber de dónde viene tanto dinero, tanto buen dinero calentito y sabroso.

► Bush propone sustituir el peligro del fantasma comunista por el del monstruo de la coca

En Colombia esto se vive así, pero en menor escala. La producción y venta al por mayor de coca a EE UU y Europa da dinero, claro que sí, pero no tanto como su comercialización y distribución hecha fuera del país y por redes extranjeras. Las fortunas que se han creado en Colombia produciendo y exportando ese polvito de las narices se blanquea fuera o aquí mismo, y los barones invisibles e innumerables lo han invertido y lo están invirtiendo en la compra de tierras de cultivo o para pastoreo de ganado, preferentemente bovino; en modernizar las explotaciones agropecuarias; en la construcción de viviendas ajardinadas o de apartamentos, de forma masiva, pues muchos de ellos están sin vender, pero no hay prisa, ya subirá el precio; en especulaciones con suelo urbanizable, y en algún que otro tipo de servicios. Pero en la industria pesada, en la modernización del transporte o en la manufacturación de productos invierten poquísimo. No quieren conflictos laborales.

Otra parte de sus beneficios se invierte en Miami o en la Costa del Sol, valgan los ejemplos, o van a parar directamente a bancos norteamericanos, suizos, japoneses y dicen que también españoles, en cuentas reservadas y blanqueadoras.

Pero hay que volver a insistir, el dinero gordo, la pasta gansa que decían los pasotas, es la que juntan los compradores al por mayor. Es una cantidad muy superior a la que reporta la producción de aquí, de Colombia. Los capitalistas, los que adquieren la cosa sin verla y la venden y distribuyen están fuera. Estados Unidos consume más del 60 por 100 de la cocaína que rueda por el mundo. El resto se la reparten marseleses, sicilianos, gallegos, londinenses, ginebrinos, flamencos o teutones, qué más da.

EL precio de la coca se ha disparado: la demanda está en alza, en detrimento de la heroína, hoy en día casi únicamente patrimonio del lumpen occidental, será por lo del acongojamiento del SIDA o porque está de moda. Y ese precio está en función de la distancia desde el punto de producción de la mercancía, de las dificultades de su desembarco en los centros de recepción, de los riesgos de su distribución, de la represión de su consumo, también la calidad de la «nieve», por supuesto, de su pureza. Dicen que la coca de Colombia es buena, no soy muy entendido, no vayan a creer, parece que sí es buena, tan buena como una tacita de «tinto», de café colombiano. Aquí hay cosas muy buenas.

La violencia, en este país, no está provocada únicamente por el narcotráfico. Eso es absolutamente falso. Hay fuerzas mucho más oscuras, mejor tapadas, que los carteles de Medellín o de Cali, fuerzas que también ordenan matar: intereses financieros y políticos, que viene a ser lo mismo, familias y colectivos enfrentados que se disputan el poder y grupos paramilitares de extrema derecha, por supuesto. Y las guerrillas, normalmente más idealistas, pero que matan también.